

vamos sobre nosotros mismos. ¿Es posible, os diré con el Padre San Agustín, que sigais las mismas costumbres y cometais los mismos pecados que los gentiles, vosotros que haceis profesion de cristianos? ¿Cómo se compone vuestra religion con vuestras costumbres? Desde hoy, si los mundanos celebran sus funciones profanas, dad vosotros limosnas; si ellos se ocupan en músicas y cantares deshonestos, cantad vosotros las alabanzas del Señor; si ellos concurren á los teatros, venid vosotros al templo; si ellos se dedican á la lectura de novelas y libros impíos, leed vosotros obras de edificacion y de piedad. De este modo, siguiendo el espíritu de la Iglesia en la institucion de esta fiesta, conseguiremos al fin gozar de aquellas inmensas riquezas que nos tiene preparadas nuestro amable Jesus en el cielo.—AMEN.

SERMON

SOBRE

LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR.

Postquam impleti sunt dies octo, ut circumcideretur puer.

Lucæ, cap. 2.º, v. 21.

LLAMA desde luego la atencion que la Iglesia nuestra Madre, llena del espíritu de Dios, haya señalado un Evangelio tan breve á una solemnidad cuya grandeza es admirable. Ya el Padre San Bernardo hizo notar esta circunstancia en uno de sus sermones sobre el mismo asunto que hoy nos congrega, deduciendo, como tambien deducimos nosotros, que aquí se oculta un gran misterio.

Y ciertamente, señores, que el Evangelio de hoy es aquella palabra abreviada de que hace mérito San Pablo en el capítulo nueve de su carta á los Romanos, enviada por Dios á la tierra: *Verbum abbreviatum*

fecit Dominus super terram. Palabra abreviada en su redaccion literal, pero muy extensa en su significacion moral, por los grandes y profundos misterios que contiene.

No es esta la vez primera que en este mismo dia, y desde este mismo sagrado lugar, me ocupo de la materia. Por tanto, y porque la ceremonia de la Circuncision es para nosotros sólo un hecho histórico, sin aplicacion ni uso alguno en el rito de la santa Iglesia católica, gracias á la misericordia de nuestro Dios, inútil seria haceros hoy su descripcion. Bástenos penetrarnos del fin que el Señor se propuso al establecerla, y examinar su relacion moral con nuestras costumbres y prácticas católicas.

Para ello os haré una sencilla exposicion del Evangelio de este dia, siguiendo siempre el sentir de los santos padres y doctores católicos, verdaderos intérpretes del espíritu de la Iglesia.—AVE MARÍA.

Postquam impleti sunt dies octo, ut circumcideretur puer.

Lucæ, cap. 2.º, v. 21.

Dos objetos ó, con más propiedad, un objeto bajo dos aspectos enteramente contrarios, nos ofrece el Evangelio de este dia; un niño de ocho dias, débil, casi insensible aun, y por otra parte tan grande, tan lleno de vida que iguala en su eternidad y poder al mismo Dios; un niño que tiembla, que sufre el rigor del frio, y bajo otro aspecto tan fuerte y terrible, que se pasea en alas de los ángeles, y truena, y dispone á su arbitrio del rayo; un niño que necesita, en su miserable estado, del auxilio de unos pobres pastores, y á quien se le impone el nombre de Salvador del mundo. Esta grandeza en lo pequeño y abyecto, esta fuerza y poder en la debilidad misma, es obra de Dios, y sólo de la sabiduría de Dios. Pues de este objeto, bajo dos aspectos tan contrarios, de este niño tan débil como un niño de ocho dias y tan grande como el mismo Dios, dice el Evangelio: «que despues de cumplidos los ocho dias, tiempo en que habia de ser circuncidado: *Postquam impleti sunt dies octo, ut circumcideretur puer*, recibió el nombre de Jesus, nombre con que habia sido llamado por el ángel Gabriel, antes de su concepcion.»

Y ¿por qué, señores, no dice terminantemente el evangelista que fué circuncidado? ¿Usa, señores, de

un lenguaje ambiguo, de un laconismo impropio de la franqueza propia del Evangelio? ¿Teme decirnos que un Dios se humilla hasta el extremo de marcarse á sí mismo con la señal del pecado? «¿Y para qué esa Circuncision, mi buen Jesus, exclama en uno de sus sermones el Padre San Bernardo, para qué la Circuncision, tú que ni has cometido ni has contraído el pecado? Que no le has cometido, demuéstralo tu corta edad, y que no le has contraído, la divinidad de tu Padre y la integridad de tu Madre:» *Ad quid tibi, Domine Jesu circumcisio?* A cuya pregunta responde el angélico doctor Santo Tomás ¹, para enseñarnos cuánta debe ser nuestra reverencia y obediencia á la ley.

Porque, señores, si Adan no hubiera prevaricado, en la opinion de aquellos teólogos que dicen hubiera aun en este caso venido el Salvador, no como tal, sino para perfeccionar y ennoblecer la naturaleza humana, no pasible, sino triunfante y glorioso, no se hubiera sometido entonces á las humillaciones que son la pena del pecado. Pero vino despues de aquella horrible tempestad suscitada en el cielo y en la tierra, despues de la perdicion de multitud inmensa de ángeles de diversos órdenes, despues de la caida del hombre, y vino como fiador, como responsable del pecado, marcado con la señal del pecado, vestido de una carne pasible, sujeta á los dolores y sufri-

¹ 3 p., q. 37, art. 6.º

mientos. Y vino como víctima reparadora de la desobediencia de los hombres; era necesario, por tanto, dar un ejemplo heróico de obediencia al mundo. Y hé aquí la primera causa que hizo al Salvador someterse á la ley durísima de la Circuncision; ejemplo vivo que condena nuestra desobediencia.

Otra razon hay más poderosa aun; héla aquí. Es verdad que Jesucristo ni habia contraído, ni habia cometido el pecado, no estando por consiguiente obligado á la ley de la Circuncision; pero debió, en su condicion de Maestro del mundo, que habia venido á traernos la verdad desconocida hasta entonces, debió condenar con su palabra y sus obras todos los errores, con especialidad aquellos que se oponian de un modo directo á su carácter de Salvador del mundo. Pues lo verificó victoriosamente sometiéndose á aquella ley.

Aun estaba casi en la cuna la Iglesia, cuando se suscitaron varios de estos errores. Valentino y sus secuaces dijeron que el cuerpo de Jesucristo no era formado de verdadera carne, sino de una materia celestial, desconocida para nosotros. Apolinar decia que el Verbo tomó una alma, pero destituida de razon y de entendimiento. Los maniqueos, que su cuerpo era un cuerpo aparente y fantástico. Jesucristo combate y condena todos estos errores, sometiéndose á la ley de la Circuncision, sufriendo los agudísimos dolores consiguientes, y derramando su sangre, cualidad que, segun os dije en el dia anterior, repugna-

ba á la condicion de un Dios, aun segun la creencia de los gentiles. «La Circuncision es la piedra de toque, dice San Epifanio en su carta 30 contra los herejes, para descubrir los quilates de la humanidad.» Lo mismo repite San Bernardo en su sermón tercero sobre este misterio. En Jesucristo, señores, concurren las dos naturalezas, divina y humana; la divina seria suficientemente comprobada por la multitud de prodigios que habia de obrar durante su mision sobre la tierra; la humana lo fué de un modo terminante por la efusion de sangre en su Circuncision.

Otro fin no menos digno de su sabiduría y de su encendido amor al hombre se propuso Jesucristo al someterse á la ley de la Circuncision, y fué el persuadirnos de la necesidad de circuncidar nuestra carne, para vencer los asaltos del demonio de la impureza. «Es evidente, dice el P. San Ambrosio ¹, que la circuncision es un precepto de castidad:» *Evidenter circumcisio carnis præceptum est castimonie*. Quiso el Señor en tan tierna edad enseñarnos ya esta virtud, cuyo ejercicio ha de comenzar desde los primeros pasos de la vida; de otro modo no podremos reinar con Jesucristo.

Y le fué impuesto el nombre de Jesus, continúa el evangelista: *Vocatum est nomen ejus Jesus*. Aquí, señores, se aglomeran los misterios.

1 Lib. 1.º de Abrah., cap. 17.

Este es aquel nombre grande, cuya excelencia no es posible describir, mucho menos compendiar en los estrechos límites de un breve discurso. Este es aquel nombre que con tan vehementes ansias deseó conocer Abraham, padre de los creyentes ¹. Este es el nombre que, segun Teodoreto anhelaba conocer Jacob, cuando despues de luchar toda la noche con el ángel, exigia que le bendijese. «¿Para qué deseas saber mi nombre, decia el ángel, que es admirable?» *Cur queris nomen meum, quod es mirabile?* ² Este es aquel nombre que buscaba Isaías ³ con todo el esfuerzo de su alma, y al ver que el Señor le negaba esta gracia, exclamó como fuera de sí: «Ojalá se rasgaran los cielos y descendieras á la tierra para que nos fuera conocido tu nombre:» *Utinam disrumperes celos, et descenderes, et notum faceres nomen tuum*. Este es aquel nombre que Dios conservaba escondido en los tesoros de su inescrutable sabiduría, segun el libro del Exodo ⁴, y que se dignó al fin revelar al mundo en el dia de la Circuncision de su Hijo amado. Nombre grande, nombre augustó, glorioso, nombre sobre todo nombre, dice el apóstol, ante el cual se postra toda criatura en el cielo, y en la tierra, y en el infierno. Nombre cuya dignidad sólo el Padre conoce, y por eso sólo el Padre pudo revelar, y con el cual fué llamado por el ángel antes de que fuera

1 Gén., 22.

2 Gén., 32.

3 Cap. 66.

4 Cap. 4.º

concebido: *quod vocatum est ab angelo priusquam in utero conciperetur.*

Y en efecto, amados míos, sólo Aquel que sabe contar una por una todas las estrellas, según la hermosa expresión del Salmo 146, é imponer á cada una su nombre, sólo Aquel que las llama á todas por su nombre ¹, y ellas responden: «hénos aquí,» pudo revelar el nombre dulcísimo, consolador de Jesús. «No es un nombre inventado por los hombres, no, dice Isaías ²; es venido del mismo Dios:» *quod vocatum est ab angelo priusquam in utero conciperetur.*

Ved, pues, en resumen las verdades que quiso el Señor manifestarnos en el misterio de su Circuncisión. Quiso darnos una señal inequívoca de su humanidad; confundir los errores de los que negaban de cualquier modo que su carne era verdadera carne real y pasible; darnos un ejemplo heroico de obediencia; prestarnos un arma poderosa contra los asaltos del demonio de la impureza, y elevar nuestros corazones al Señor, dándole gracias por habernos enviado á su amado Hijo Jesús, cuyo nombre es la única fuente de salud, según la expresión del apóstol: *non est in alio aliquo salus.*

Correspondamos, amados míos, á este grande beneficio de nuestro Dios, uniendo nuestro espíritu al de la santa Iglesia, cuya enseñanza es la verdad y la única áncora de salvación.—AMEN.

¹ Baruch., 3.^o

² Cap. 62.

SERMON

SOBRE

LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR.

Circumcidimini in Domino.

Jerem., cap. 4.^o, v. 4.^o

LA Circuncisión era entre los judíos una ceremonia puramente legal. Su objeto y su fin eran altísimos; en sí misma era dura y terrible, y en su representación era una señal del pacto celebrado por el Señor con Abraham y el pueblo de Israel, y el distintivo especial de los hebreos. Distintivo noble y glorioso por cuanto les daba á conocer su descendencia de David; pero humillante en general porque era la marca del pecado. Esta ceremonia debió cesar, y en efecto cesó, como todas las ceremonias judaicas, al advenimiento de la plenitud de la luz, de la nueva ley de gracia y de amor.

Jesucristo, sin embargo, quiso someterse á esta